ñal pérfida y deslumbradora, desoyen las amonestaciones y consejos que les dirige la cátedra de la ciudad eterna. ¡Oh! ¡quién fuera capaz de concebir el profundo y agudísimo dolor que atormentaria el corazon del Salvador del mundo, al contemplar tal cúmulo de males, al sentir en un momento toda la fuerza del daño causado en el transcurso de largos siglos! ¡quién mirara con él, tanto orgullo, tanta blasfemia, tanto error é insensatez, tanta ilusion y seduccion, tantos medios, tantos afanes y fatigas, para perder millones de almas! ¡quién considerara la vanidad, la disipacion, la corrupcion, el fraude, la violencia, la injusticia, los ódios, las venganzas, reinantes todavía entre los cristianos; ellos, que se glorían de no haberse apartado de los muros de la Jerusalén militante para abrazar las profanaciones de las gentes!

VIII.

¡Ay! aparta tu vista, que bastante sufriera ya tu pecho; no los mires: del Occidente desvia tus ojos; no contemples cuál rompen con desprecio tus leyes mas sagradas, cuál despedazan de tu Esposa el seno, cuál, ¡ingratos! olvidan hasta el ternísimo recuerdo de amor que á los humanos dejaste, en la víspera de tus tormentos y de tu muerte. No contemples cuál dispersan tu rebaño lobos rapaces; cuál, en nombre tuyo, siembran entre hermanos discordia horrible; cuál á cien pueblos incautos el mortal veneno propinan, preparando dias de luto y llanto.

IX.

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? No: que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portento un hermoso grupo que semeja la peana de celeste mensagero. Debilísimos reflejos despide la vision maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la mision tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo cuando hincada la rodilla se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios, ya le habla: ¿qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retírate, mantente lejos . . . . no oses escuchar las palabras que articula el mensagero divino, al proponerse confortar al que criara al mensagero y el mundo. . . . .

UN CRISTIANISMO ESTRAÑO.

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo á fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas, y disiparle y anonadarle con radicales transformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores, defensor de la dignidad humana, y fundador de un nuevo órden de doctrinas y hechos, que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo; y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesion y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenage al Hombre Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados á la humanidad por el cristianismo, y convendrá en que son indecibles, inmensos; que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos, es un tributo de justicia que no podian negarle; hasta si quereis, se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia Católica, refiriéndoos, empero, á determinadas épocas; y ya que no se os escuche con placer, á lo menos se os dispensará el favor de la tolerancia. Proseguid ponderando los destinos del cristianismo en los siglos venideros, y de la influencia que le está reservada en la suerte de la humanidad, tampoco se rechazarán vuestras esperanzas; antes las vereis acogidas con ardor, y oireis saludados los nuevos tiempos con fervientes cánticos de alborozadas albricias. Vendrá un dia, un afortunado dia, en que reinarán, señoras en el mundo, la fraternidad y la caridad, predicadas por el Hijo del

hombre, ese bello pensamiento importado en el mundo por Jesucristo, inoculado por los apóstoles á la sociedad, propagado y arraigado con los sublimes ejemplos de los primeros cristianos, y esterilizado despues, notadlo bien, esterilizado despues por la supersticion y el fanatismo, y esplotado en provecho de la ambicion, de la corrupcion y de la holgazanería. ¿Comprendeis toda la fuerza de estas palabras? ¿sabeis lo que con ellas indican esos filósofos que á su manera se pretenden cristianos? helo aquí.

Segun esa escuela, la humanidad progresa siempre marchando sin desviarse hácia la perfeccion, que allá en lontananza está envuelta en misteriosos destinos, destinos ignorados de todo el mundo, escepto de algunos genios privilegiados, á quienes concediera el cielo en momentos de sublime inspiracion, asistir al inefable espectáculo que ha de ofrecer la humanidad, llegado el venturoso siglo en que pluguiere á la Providencia trocar en encantado paraiso, esa tierra de infortunio y de miseria. ¿No alcanzais todavía qué parte pueda caber al cristianismo en el simbólico sistema, y no atinais qué lugar le está reservado allá cuando se descifre el misterioso enigma del porvenir de la humanidad? escuchad y aprended.

El linage humano, que se dirige á su destino por senderos incomprensibles, posee un cierto caudal de civilizacion, que se transmiten fielmente unas á otras las generaciones que pasan y desaparecen. Esa civilizacion, ese precioso depósito, encierra una idea que lo anima y vivifica, cual es la perfectibilidad, el progreso indefinido, el presentimiento de sus destinos. Si no concebís estas fatídicas palabras dignas de los antiguos oráculos, contentaos con haberlas oido, con haber visto al filósofo semejante á la antigua sibila, que con el cabello desordenado y los ojos desencajados, os clamaba, señalando azorada las sombras del pavoroso santuario: *Dios, he aquí el Dios: Deus, ecce Deus.*

Antes de la venida de Jesucristo, se agitaba el humano linage en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiase lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. ¡Cosa singular! ¡estraordinaria coincidencia! Moyses y Homero, Salomon y Sócrates, todos se afanaban en pos del indicado pensamiento, rebullia en sus cabezas como un mal formado embrion; tenia ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente, porque el género humano no se lo consentia. Las ideas eran tan groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivian en tanto aislamiento, era tal la imperfeccion de las diferentes organizaciones sociales, tan estrañas é injustas las condiciones del poder púbico, tan mal reconocidas y deslindadas las atribuciones del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilizacion, que lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada, verificándose lo de las preciosas perlas arrojadas á los piés de animales inmundos.

La antigua filosofia, á pesar de sus errores, de sus estravagancias, de sus absurdos, y lo que es todavía mas doloroso, de sus infames doctrinas, repugnantes á la sana moral, trabajaba, si hemos de creer á la indicada escuela, en la promocion y fomento de los grandes intereses de la humanidad, en la vindicacion de los derechos del hombre; preparando así la era venturosa en que la verdad oculta entre las sombras, solo conocida en tenebrosos conciliábulos, y presentada al pueblo con indescifrables enigmas, podria salir á la luz del sol, apellidarse con su propio nombre, y pasear triunfante por la faz de la tierra.

Necesitábase, empero, para la grande obra, un hombre estraordinario, que concibiese con viveza y fuerza la idea, que la formulase, que se mostrase él propio como una personificacion de la misma, y que antes de descender al sepulcro, acertase á cubrirla con misterioso velo, que dejando entrever su hermoso resplandor, la salvase de la profanacion de manos impuras. He aquí el mote del enigma, he aquí el secreto de esa funesta escuela. Segun ella, la religion no es mas que la filosofia, Jesucristo no es mas que un hombre, los dogmas por él establecidos, no son mas que mudables formas en que se envuelve la verdad, hasta el dia en que habiendo progresado bastante el humano linage, sea capaz de contemplarla cara á cara, como la vista del águila los rayos del sol.

Desde el momento que en medio del cristianismo se levanta una autoridad, esa autoridad evidentemente instituida por el divino Fundador, se comete la mayor de las usurpaciones; las heregías que en diferentes sentidos y bajo distintos nombres, surgen y se rebelan contra las pretensiones de la Iglesia, son una protesta de la razon contra la fé, de la filosofia contra la religion, de la legitimidad contra la usurpacion, de la libertad contra el despotismo. Cuando al cabo de quince siglos alza su voz un fraile apóstata en el corazon de Alemania, y con labio profanado con escandaloso sacrilegio, se llama apóstol del Señor, enviado para convertir á las gentes, para destruir la *Prostituta de Babilonia*, para echar por el suelo una autoridad reconocida durante quince siglos, ese apóstata, ese seductor, es á los ojos de la funesta escuela un grande hombre, á pesar de todos sus vergonzosos estravíos. Los arrebatos de su cólera no son mas que el noble acento de una indignacion justa, generosa y santa; sus es-

fuerzos para derrocar el poder temporal y espiritual del romano Pontífice, corresponden á los vivos y ansiosos deseos que abriga la Europa entera; la adulteracion de los dogmas, la destruccion de toda disciplina, la relajacion de costumbres, predicada en sus palabras y en sus ejemplos, el vértigo fatal que introduce en Europa en todo lo perteneciente á las mas elevadas cuestiones religiosas, sociales y políticas, todo se ensalza con los mayores encomios, todo se pondera como un inmenso beneficio dispensado á la humanidad.

¿Qué importan los dogmas, qué la disciplina, qué la gerarquía? Esto eran formas gastadas en que se hallaba envuelta la idea antigua, primitiva, que servir pudieran quizás allá en otros tiempos, pero que á la sazon era indispensable rasgar con mano osada, dejando que se entretuvieran con los despreciables fragmentos, el fanatismo y la ignorancia. Pasan dos siglos, los funestos principios se desenvuelven, se llevan hasta el estremo sus fatales consecuencias, la impiedad se erige en dogma, y arrojada la hipócrita máscara con que se cubriera, niega abiertamente la divinidad de la religion cristiana, declara absurdas sus augustas doctrinas, ridiculiza sus venerables prácticas, y se esfuerza en hacer objeto de befa y escarnio la santidad del sacerdocio. Nada importa todo esto á los ojos de la escuela que nos está ocupando: la filosofia del siglo XVIII con sus errores, con sus blasfemias, con su olvido de la historia, con su ódio á todo lo antiguo, con su encarnizamiento contra lo ecsistente, bañada de la sangre que hiciera verter á torrentes en todos los puntos de Europa, goteando todavía sus manos la inocente que derramara con sus puñales y sus cadalsos, esa filosofia que se presentara como reparadora de todos los males de la humanidad, mientras se hallaba reducida á la modesta mansion de un gabinete, que se convirtió en feroz Medea tan pronto como pudo escalar la cumbre del mando, esa filosofia es tambien un inmenso beneficio dispensado á la sociedad y al individuo. Ella quebrantó las cadenas que aprisionaban el humano pensamiento, ella derribó las barreras que separaban unas clases de otras clases, que defendian la usurpacion de las poderosas, que servian para la opresion de los pobres, que monopolizaban en manos de pocos el fruto del trabajo de todos, que esplotaban en beneficio de los goces del fuerte, los sudores y las penalidades del débil. Los mayores estravíos, los mas grandes escesos, los mas horrendos crímenes, todo se escusa, todo se disculpa con inconcebible indulgencia, en obsequio de la utilidad y grandor de los resultados. Si los filósofos del siglo XVIII desconocieron no solo la verdad, sino el mérito mismo del cristianismo, si negaron que hubiese acarreado ningun género de beneficios á la sociedad,

á la familia, al individuo, si le calumniaron de la manera mas atroz, si le convirtieron en objeto de mofa con la mas indecente impudencia, esto no quita que la escuela filosófico-cristiana los reconozca como sus ilustres progenitores, que les tribute rendidos homenages, que les obsequie con aquellas muestras de reverencia, de respeto y gratitud con que los buenos hijos honran á sus padres.

Hemos trazado con rápidas plumadas los rasgos característicos de esa engañosa y funesta escuela, de esa escuela que se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las heregías, de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el cristianismo por espacio de diez y ocho siglos. ¿Quereis conocerla á fondo? ¿quereis una evidente señal de cuáles son sus intenciones? ¿quereis saber el blanco de sus tiros? esa misma escuela que todo lo escusa, todo lo tolera, solo en un punto se muestra intolerante, en lo relativo á la Iglesia católica. A esta Iglesia no se le conceden treguas ni descanso; fortuna si se le otorga que á pesar de su supersticion, su fanatismo, su corrupcion, produjo quizás algunos bienes allá en los siglos bárbaros; pero en llegando á los modernos, en tratando del actual, en hablando del venidero, no menteis ni Catolicismo ni Iglesia católica, tales como los entienden los verdaderos fieles; son nombres gastados que nada espresan, nada significan; sino es algo de repugnante á la causa de la civilizacion, á los intereses de la humanidad. El cristianismo, el único cristianismo que podrá servir para labrar el siglo de oro á que se encamina el humano linage, es ese cristianismo indefinible, fluctuante, aéreo, del modo que le han dejado el ecsámen protestante y el análisis filosófico; ese cristianismo, esa religion inconcebible, que carece de dogma, es decir, de doctrinas, que no admite formas esteriores, es decir, que no consiente culto, que no necesita ministros que enseñen y practiquen, dado que ella abdica toda enseñanza, y no prescribe ninguna práctica.

Ocúltese bajo ese indigesto fárrago, bajo ese tejido de absurdos é incoherencias, la mas profunda hipocresía: es la impiedad, el indiferentismo, que llevados de un sentimiento egoista, encubren con mentidos velos sus asquerosas formas, y procuran seducir con vanas palabras á los pueblos incautos. Las creencias cristianas están todavía en el corazon de las naciones europeas, y de cuantas han participado de su espléndida civilizacion; hasta los pueblos arrastrados por el cisma y la heregía, y arrojados despues en un piélago de errores, de dudas é incertidumbre, conservan en el fondo de su alma el sentimiento cristiano, echan menos la verdad que perdieran en aciago dia, y con la Biblia en la mano recorren afanosos y se-